

La Bella y la Bestia



Disney

La Bella y la Bestia



EDICIONES
Gaviota



Había una vez un joven Príncipe que vivía en un lujoso castillo. Aunque poseía todo lo que podía desear, su corazón era frío y cruel.

Cierta día, una anciana llegó al castillo y le pidió pasar allí la noche a cambio de una rosa. El Príncipe, al ver su desagradable aspecto, la echó de malos modos. Pero la anciana le advirtió:

—No te fíes de las apariencias, porque la verdadera belleza está... El Príncipe se burló de ella. Entonces la anciana se quitó los harapos y se convirtió en una bella hechicera.



Encantó al Príncipe, el castillo y todos sus habitantes. Luego transformó al Príncipe en una horrible Bestia y le dijo que la rosa se marchitaría cuando cumpliera veintiún años.



Si aprendía a amar y ser amado, se rompería el hechizo. Si no lo conseguía, cuando cayera el último pétalo, seguiría siendo una Bestia para siempre.



En un cercano pueblo vivía una dulce muchacha, Bella. Le gustaban mucho los libros y dedicaba el tiempo libre a leer y soñar.

A sus vecinos les parecía un poco rara, pero todos coincidían en que era la muchacha más hermosa de la aldea. Después de hacer sus compras, Bella no pudo resistir la tentación de entrar en la librería. El librero siempre procuraba tener libros nuevos para ella.



Cuando Bella volvía a casa, leyendo el libro por el camino, Gastón se le acercó. Era el mejor cazador del pueblo... y lo sabía. Todas las muchachas estaban locas por Gastón, porque era muy apuesto.
—Allí está Bella..., ¡la afortunada muchacha con la que me voy a casar!
Su compañero, Le Fou, se echó a reír.
—¿La hija del inventor?
—Es la muchacha más hermosa de la aldea —asintió Gastón—, es la mejor, y yo siempre quiero lo mejor.



Gastón arrebató el libro a Bella y lo abrió sin ningún cuidado.

—¿Qué clase de libro es éste que no tiene ilustraciones?

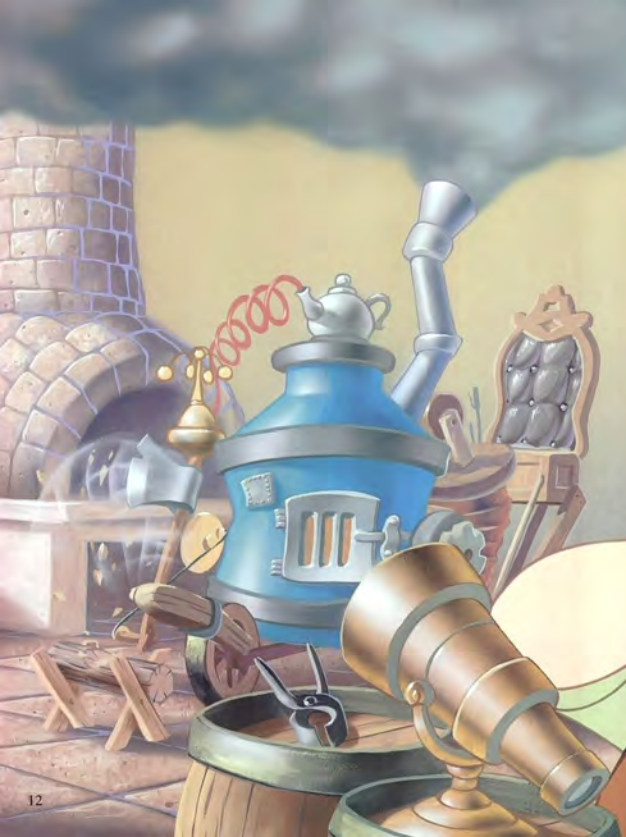
—Algunas personas, Gastón, utilizan su imaginación. Ahora, por favor, devuélveme el libro. ¡Debo volver a casa con papá! Está trabajando en un nuevo invento y necesita mi ayuda.

Le Fou exclamó:

—¡Ese viejo loco necesitará toda la ayuda del mundo!

Bella encogió los hombros y les dio la espalda.





Bella encontró a su padre, Maurice, intentando perfeccionar el funcionamiento de una cortadora de leña.

—¡Oh, Bella, estás aquí! —exclamó—. No consigo que esta máquina funcione. No estará lista para la feria.

Bella tuvo que gritarle porque había demasiado ruido.

—No te preocupes, papá, estoy segura de que funcionará, y mañana, en la feria, ganarás el primer premio.

Nada más decirlo, la máquina se puso en marcha y empezó a cortar troncos.

—¡Funciona, funciona! —exclamó Maurice.

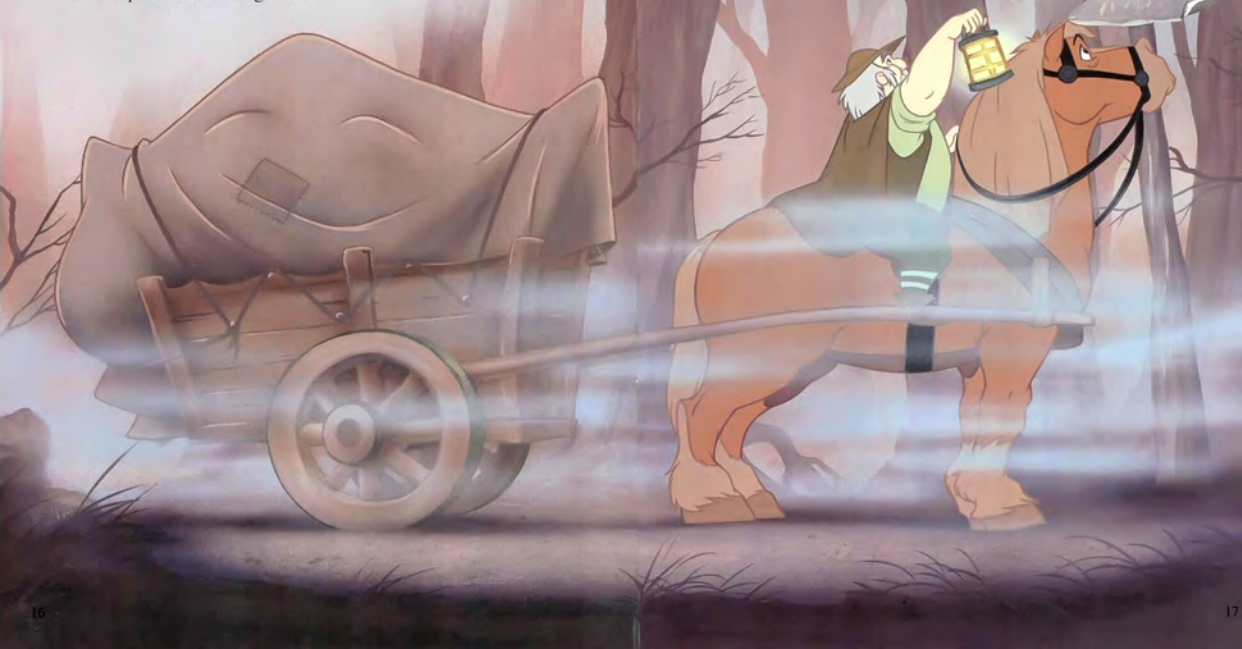




A la mañana siguiente, muy temprano, Maurice montó en su caballo, Philippe, cargó la máquina en el carro y se dirigió a la feria. Bella se despidió de él:
—¡Buena suerte, papá! Estoy segura de que conseguirás el primer premio.
—¡Bella, cuida de todo mientras esté fuera! —gritó Maurice.



Pero Maurice, como la mayoría de los inventores, era bastante distraído y poco realista..., y se perdió. Se detuvo en un cruce de caminos y dudó cuál seguir. Philippe quiso conducirlo en una dirección, pero Maurice escogió otra que llevaba a un oscuro bosque. El caballo avanzó por ella de mala gana...



Mientras Philippe iba abriendo paso, el bosque se volvía más oscuro y amenazador. De pronto oyeron aullidos cercanos: ¡lobos! Philippe se encabritó aterrorizado mientras una bandada de murciélagos revoloteaba por encima de sus cabezas. Maurice intentó sujetar el caballo, pero perdió el equilibrio y cayó. Aturdido, se incorporó y vio que Philippe se alejaba al galope. Miró a su alrededor y vio que los lobos estaban cerca...



Jadeando y resoplando, Maurice corrió para ponerse a salvo. Sentía a los lobos pisándole los talones. De pronto vio a lo lejos una verja alta. Se dirigió allí rápidamente y gritó pidiendo ayuda, pero nadie respondió. Desesperado, Maurice empujó la puerta y ésta se abrió. ¡Estaba salvado! La cerró con rapidez antes de que los lobos le devoraran y avanzó sigilosamente... Ante él se alzaba un enorme y tenebroso castillo que parecía abandonado...



Maurice llegó a las puertas del castillo y las encontró abiertas:
—¡Hola, hola! ¿Hay alguien ahí? No quiero molestar,
pero me he perdido y necesito un lugar para pasar la noche.
Oyó susurros, pero no vio ningún ser humano. Nadie, excepto
un candelabro y un reloj.

—Buenas noches, señor —dijo el candelabro.

Maurice se quedó muy sorprendido. ¡Los objetos hablaban!



El candelabro hizo una reverencia y se presentó:
—Soy Lumier, señor, para servirle. Y éste es Dindón,
el mayordomo.

Condujeron a Maurice a una cómoda habitación
en la que el fuego estaba encendido. Maurice
se desplomó en el sillón y puso los pies en un escabel
que movía los pompones como si fueran el rabo
de un perro.

«¡Qué lugar tan extraño!», pensó...



De pronto apareció un ser monstruoso y lanzó un rugido.

—¿Qué hace aquí este extraño?

—Se... señor... Déjeme explicarle... Se perdió en el bosque... —tartamudeó Lumier.

La Bestia rugió:

—Aquí no eres bien recibido. Te diré dónde te alojarás —y le encerró en una oscura celda.





Mientras, en la aldea, Gastón hacía los preparativos para casarse con Bella. Le Fou se echó a reír:
—¡Bella va a llevarse la mayor sorpresa de su vida!
¡Está claro, querido Gastón, que es su día de suerte!
Todos los habitantes de la aldea acudieron a presenciar el acontecimiento. Las muchachas del pueblo envidiaban la suerte de Bella. Todo estaba preparado.
¡Lo único que faltaba era el consentimiento de la novia!



—Hola, Gastón, qué agradable sorpresa... —dijo la muchacha amablemente cuando Gastón irrumpió en su casa.
El joven sonrió de satisfacción.

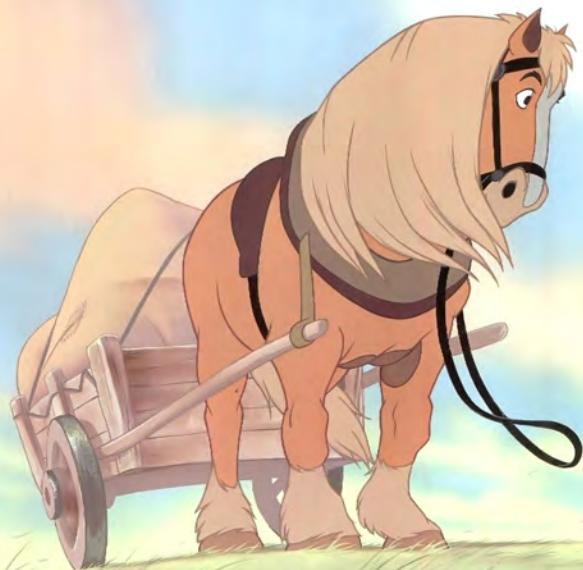
—Ha llegado el día en que tus sueños se harán realidad, Bella.
¿A quién crees que he elegido para que se convierta en mi mujercita? ¡A ti!

—Gastón, no te merezco —dijo Bella, dirigiéndose a la puerta trasera..., él la siguió, tropezando y tirando el reloj.



Bella salió de la casa medio riéndose y medio enfadada por la proposición de Gastón:
—¡Qué forma de pedirme que me case con él!
Yo quiero vivir aventuras y no llevar una apacible vida doméstica...

Mientras contemplaba la puesta de sol, vio a Philippe solo, galopando hacia ella y tirando del carro..., pero, ¿dónde estaba su padre?
—¡Philippe! ¿Qué ha pasado? —gritó aterrada—. ¿Dónde está papá? ¡Deprisa, llévame con él!





Rápidamente, Bella montó a lomos de Philippe y se alejaron galopando. El caballo la condujo al cruce de caminos del oscuro bosque. Siguiendo las huellas de Maurice, llegaron a las puertas del siniestro castillo. Bella dijo a Philippe que la esperara y, conteniendo la respiración, entró...

Bella gritó:

—¡Hola! ¿Papá, estas ahí? ¿Hay alguien?

Subió las escaleras hacia la torre y encontró a su padre encerrado en una celda húmeda y tenebrosa. Preocupada y enfadada, exclamó:

—¡Papá! ¿Estás bien? ¿Quién te ha hecho esto?

Sintió la presencia de alguien a su espalda y se volvió...



—¿Cómo te atreves a entrar en mi castillo? —rugió la Bestia.
—Es mi padre. ¿No ves que está enfermo? Deja que se vaya,
por favor —dijo Bella, asustada, pero con valor.
—¡Jamás! ¡Sólo tiene lo que se merece! Nunca debió
venir aquí...
—¡Si se queda, morirá! Pero hay una solución:
déjame ocupar su lugar —le suplicó.



La Bestia se quedó pensativo:
—¿Estás dispuesta a ocupar
su lugar? Debes prometerme
que te quedarás aquí el resto
de tu vida.

—Tienes mi palabra... —dijo
Bella con tristeza.

—¡De acuerdo! —rugió
la Bestia.

Sacó a Maurice de la celda
y le metió en un carruaje.
Bella vio cómo su pobre
padre se alejaba de ella
para siempre.



Al llegar a la aldea, Maurice entró en la taberna y gritó:
—¡Socorro, socorro, la Bestia! Tenéis que ayudarme.
Bella está prisionera de un horrible monstruo.
Gastón y sus amigos se echaron a reír.
—¡El viejo está completamente loco!
Nadie escuchó los amargos lamentos de Maurice. Se burlaron
de su increíble historia. Desesperado, se fue a su casa.





La Bestia indicó a Bella su habitación, y le advirtió:
—Puedes visitar todo el castillo..., excepto el ala oeste.
La muchacha empezó a llorar. No pudo decir adiós
a su padre... Lumier y Dindón le presentaron
a la señora Potts, la tetera; a su hijo Chip, una taza
de té, y a Feather Duster.
—Al amo le gustaría que cenaras con él —dijo Dindón.
—No tengo hambre —contestó Bella.



Lumier y la señora Potts fueron a hablar con la Bestia:
—Amo, tiene que ser amable con ella. Es la única posibilidad que tenemos de romper el hechizo.
Pero la Bestia también estaba enfadado.
—Seré amable cuando acepte cenar conmigo.
—Por favor —suspiró la señora Potts—, tenga paciencia con ella... quizá sea la muchacha que tanto ha esperado..., la única que puede librarle del encantamiento..., y el tiempo se acaba...





Esa misma noche, Bella, cansada de tanto llorar y hambrienta, se dirigió a la cocina. La señora Potts y Lumiere se pusieron muy contentos de verla y organizaron una cena..., ¡menuda cena! La porcelana china y la cubtería se pusieron a actuar para ella. La joven estaba encantada y más animada: —Ahora voy a explorar el castillo —dijo. Dindón y Lumiere se miraron con preocupación.

Lumier corrió detrás de Bella:
—No lo olvide, mademoiselle,
no se acerque al ala oeste.
El amo se lo ha prohibido.
Estas palabras despertaron
la curiosidad de Bella y hacia allí
se dirigió. Encontró el ala oeste
hecha una ruina, como si alguien
hubiera destrozado los cuadros
y la tapicería en un ataque de ira...
Bella descubrió una puerta
y la abrió suavemente.
La habitación era tan tenebrosa
que apenas se veía, en la ventana
había una rosa bajo una urna
de cristal, brillando
en la oscuridad.



Cuando Bella levantó la urna y se disponía a coger la rosa, la Bestia lanzó un terrible rugido. —¿Qué estás haciendo aquí? —gritó, arrebatándole la urna con rabia mientras Bella se quedaba muda de espanto—. ¿Te das cuenta de lo que podías haber hecho? —siguió rugiendo la Bestia. Al ver su terrorífico aspecto, Bella huyó despavorida.



—Aunque lo he prometido, no puedo quedarme aquí ni un minuto más.

Bella corrió rápidamente hacia las puertas del castillo, donde el fiel Philippe seguía esperándola.

Subió a su lomo y galoparon en la fría noche a través del bosque. Pronto aparecieron unas amenazadoras sombras grises..., ¡los lobos!





Philippe se detuvo mientras los lobos formaban un círculo a su alrededor. Bella cayó del caballo. Cogió una rama y trató de golpear a los lobos, mientras el caballo luchaba contra ellos con todas sus fuerzas, dándoles fuertes coces. Pero era difícil luchar contra aquellas fieras hambrientas...



Cuando Bella y Philippe habían perdido la esperanza, se oyó un terrible rugido y una sombra enorme apareció. La Bestia había acudido en su ayuda. Estalló una encarnizada batalla. Bella contemplaba la escena, horrorizada. Los lobos se arrojaron sobre la Bestia hiriéndole cruelmente, hasta que pudo librarse de ellos lanzándolos contra el suelo uno tras otro.



Los lobos huyeron, aullando. La Bestia quedó herido y agotado por la lucha. Bella, preocupada, corrió a su lado. No podía dejarle allí. Pero, con su ayuda y la de Philippe, la Bestia logró llegar al castillo....

Una vez a salvo, Bella le curó las heridas.
—¡Cómo duele! —se quejó la Bestia,
pero ella no le hizo caso:
—Aguanta un poco, después pasará el dolor.
—Nada de esto habría sucedido si no hubieras
intentado escapar —dijo él.
—¡Me diste un susto de muerte! ¡Deberías controlar
tu genio! —dijo ella.
Por primera vez, la Bestia no supo qué responder...
—A propósito —sonrió Bella tímidamente—,
gracias por salvarme la vida...





En la aldea, Gastón y Le Fou estaban ideando un diabólico plan con el director del manicomio. Gastón le dijo:

—Quiero casarme con Bella..., pero tengo que convencerla. Su padre se ha vuelto loco. Está empeñado en que hay una bestia en el castillo. Seguro que incluso la ha visto...

—Bella está dispuesta a todo con tal de liberar a su padre...

¡Incluso a casarse con Gastón! —dijo Le Fou.

—¡Qué plan tan diabólico! ¡Me encanta! —dijo el director.

Quando la Bestia se despertó se sentía mucho mejor y dio un paseo por los jardines del castillo. Los gorriones acudían a comer en la mano de Bella, y enseñó a la Bestia a quedarse quieto para que los pájaros también se acercaran a él. La Bestia estaba sorprendido y encantado..., un nuevo mundo de sentimientos se abría dentro de él.

—Hasta ahora, nunca me había sentido así con nadie.





Esa noche, Bella cenó con la Bestia en el elegante comedor del castillo. La Bestia se puso su mejor traje. La señorita Armario, encantada de tener que vestir a una muchacha tan bella, le proporcionó un precioso vestido. La Bestia no podía apartar los ojos de ella.

¡Era tan encantadora! Empezó a comer torpemente, pero se detuvo al ver cómo Bella usaba la cuchara e hizo lo posible por imitarla. Se dirigieron una amplia sonrisa, mientras Lumier miraba a Dindón con esperanza.

Después de la cena, sonó un vals, y Bella invitó a la Bestia a bailar. Él dudó, pero en sus ojos no había temor cuando ella sonrió y le cogió la mano. La Bestia sintió que, al fin, había encontrado a alguien a quien cuidar. Bella estaba sorprendida de que la Bestia fuera tan buen bailarín.



—Bella, ¿eres feliz? —le preguntó la Bestia.
—Sí —suspiró ella—, pero..., quisiera ver
a mi padre por última vez.
—Hay un modo —dijo la Bestia—. Este espejo
mágico te mostrará lo que desees ver.
Bella vio en el espejo a su padre enfermo.
—¡Está grave! —gritó.
—Entonces, debes ir con él. ¡Te devuelvo
la libertad! —declaró la Bestia—. Llévate
el espejo para que te acuerdes de mí...





Bella, llorando, se marchó al galope en busca de su padre.
—¡Aguantá, papá, ya voy!
El castillo se perdió en la oscuridad mientras ella se alejaba.
La Bestia murmuró amargamente:
—La he dejado marchar porque la quiero..., y ahora es demasiado tarde... —y lanzó un profundo aullido de desesperación.



Bella llegó a la aldea y se dirigió a su casa. Encontró a su padre en la cama y le abrazó tiernamente.

—¡Bella! Pensé que no volvería a verte más. ¿Cómo has podido escapar de ese horrible monstruo?

—No, padre, no es un monstruo, ahora es distinto. ¡Me ha dejado en libertad! Es..., es amable y comprensivo...

Con su hija a salvo y entre sus brazos, Maurice se sintió mucho mejor.



Llamaron a la puerta. Era el director del manicomio,
seguido de los habitantes del pueblo.
—Vengo a llevarme a tu padre. Me han dicho que no hace
más que hablar de un monstruo.
—¡No, no lo consentiré! ¡Mi padre no está loco!
—¡Ésta es mi última oferta, Bella! ¡Cásate conmigo
y liberaré a tu padre! —gritó Gastón.



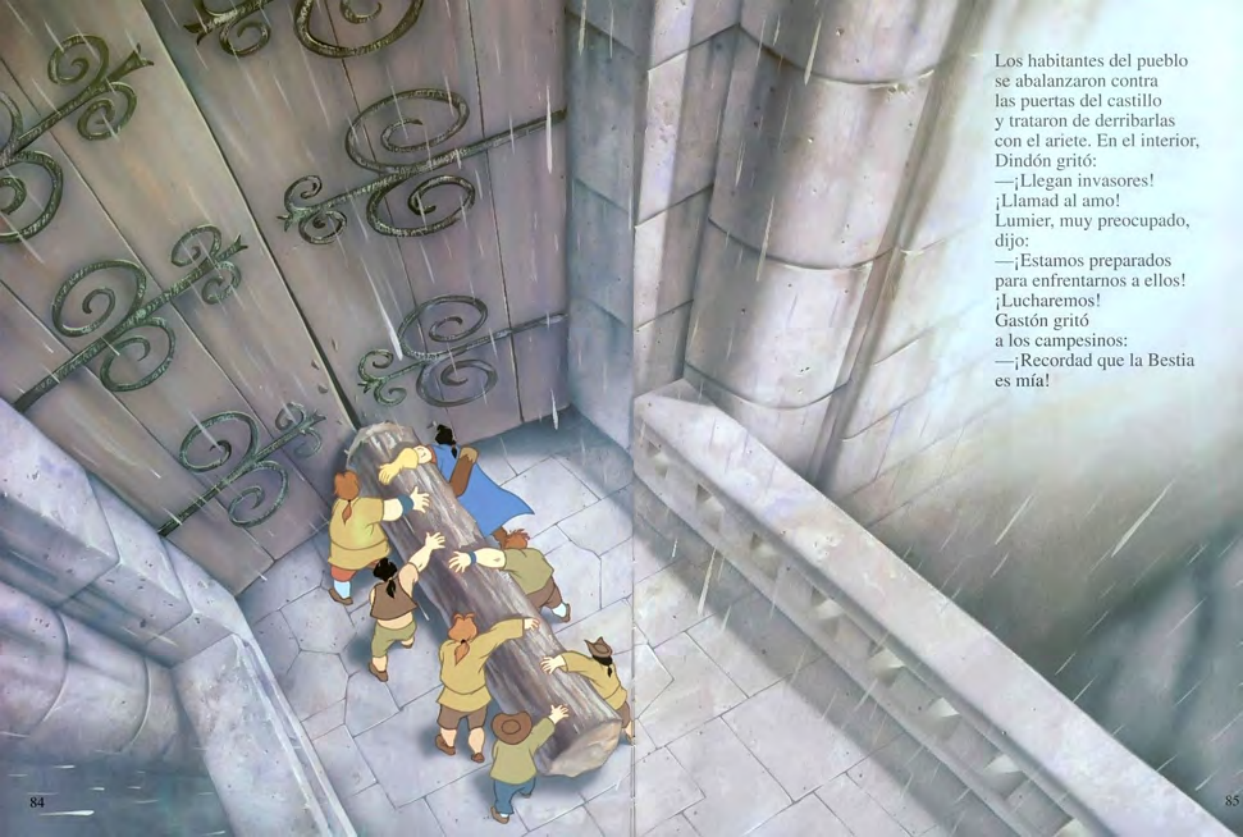


Sólo había una cosa que Bella podía hacer para salvar a su padre.
—¡Mi padre no está loco! ¡La Bestia existe y puedo probarlo!
Alzó el espejo y gritó:
—¡Bestia, muéstrate!
Gastón arrebató a Bella el espejo, enseñó la Bestia a los habitantes del pueblo y exclamó.
—¡La Bestia vendrá por vuestros hijos y vuestras esposas! ¡No estaremos a salvo hasta que muera!
¡Tenemos que matar a ese monstruo!





Furioso, Gastón encerró a Bella y a Maurice en el sótano de la casa. Luego, los habitantes del pueblo, con Gastón a la cabeza, cogieron las armas y atravesaron el bosque para cazar a la Bestia, guiados por el espejo mágico. Cuando se acercaban al castillo, se detuvieron ante un árbol gigante, y lo cortaron para hacer un ariete.



Los habitantes del pueblo se abalanzaron contra las puertas del castillo y trataron de derribarlas con el ariete. En el interior, Dindón gritó:

—¡Llegan invasores!

¡Llamad al amo!

Lumier, muy preocupado, dijo:

—¡Estamos preparados para enfrentarnos a ellos!

¡Lucharemos!

Gastón gritó

a los campesinos:

—¡Recordad que la Bestia es mía!

Cuando las puertas del castillo se abrieron, los campesinos se vieron sorprendidos por un terrible ataque. Dirigidos por Lumier y Dindón, cuchillos y tenedores, teteras y sartenes, platos y sopas fueron arrojados sobre los intrusos. Todos los habitantes del castillo tomaron parte en la batalla. Los campesinos no esperaban encontrar tanta resistencia... ¡Inmediatamente emprendieron la retirada!



Gastón, escabulléndose del combate, se dirigió al ala oeste. Encontró a la Bestia tumbado en su habitación, tristísimo por la ausencia de Bella. Estaba tan abatido que no oyó entrar a su enemigo. Gastón cogió el arco, lo tensó y disparó la flecha a la espalda de la Bestia, que aulló de dolor, pero no intentó defenderse. Había perdido las ganas de vivir...





La Bestia fue arrastrándose hasta la terraza. Gastón le siguió, gritando.

—¿Qué te pasa, Bestia? ¿Eres demasiado bueno para luchar? La Bestia no le hizo caso. Gastón rompió una gárgola de piedra, la agarró como si fuera una estaca y avanzó despacio hacia la Bestia, que estaba arrodillado bajo la lluvia, como esperando el instante de ser abatido.

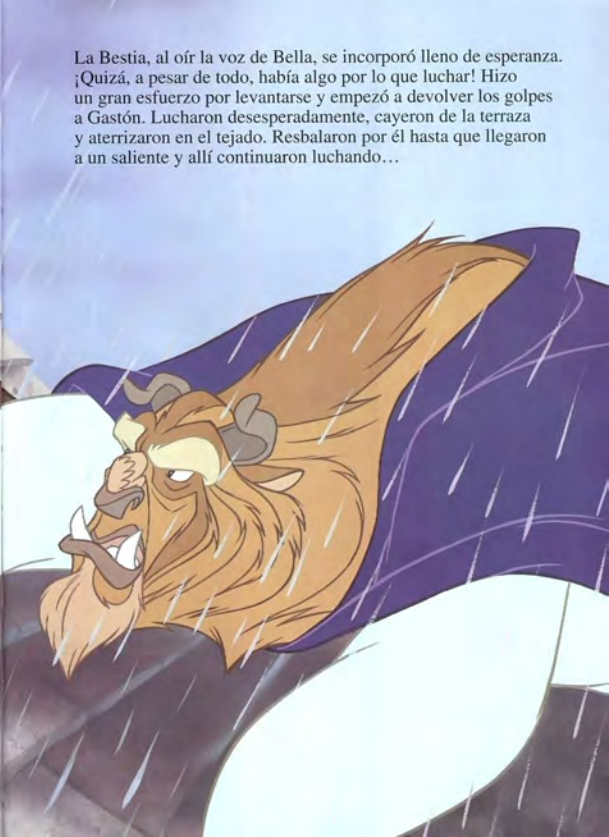


Bella y Maurice habían sido rescatados por un sorprendente visitante. Chip, la pequeña taza de té, había conseguido que la máquina de cortar troncos rompiera la puerta del sótano donde estaban encerrados. Bella, aterrorizada ante la idea de que los campesinos mataran a la Bestia, montó a lomos de Philippe y galopó hacia el castillo. Al llegar, miró hacia arriba y vio a la Bestia en la terraza, con la cabeza agachada mientras Gastón estaba a punto de asestarle un golpe mortal. —¡No, no! —gritó—. ¡Gastón, espera! —entonces espoleó a su fiel caballo—. ¡Vamos, Philippe! —y entraron en el castillo.





La Bestia, al oír la voz de Bella, se incorporó lleno de esperanza. ¡Quizá, a pesar de todo, había algo por lo que luchar! Hizo un gran esfuerzo por levantarse y empezó a devolver los golpes a Gastón. Lucharon desesperadamente, cayeron de la terraza y aterrizaron en el tejado. Resbalaron por él hasta que llegaron a un saliente y allí continuaron luchando...





Se persiguieron por los tejados del castillo. Bella, desde la terraza, contemplaba la escena conteniendo la respiración. Por fin la Bestia venció a Gastón. El joven le suplicó piedad, y la Bestia, sujetando fuertemente a Gastón, le ofreció una última oportunidad:
—¡Ríndete y abandona ahora mismo el castillo!

La Bestia volvió a escalar hasta la terraza y buscó, casi sin aliento, la mano de Bella:
—¡Bella, has vuelto conmigo!
Pero cuando estaban a punto de encontrarse, apareció Gastón, sacó un puñal y lo clavó en el costado de la Bestia. Bella gritó cuando la Bestia, furioso y enloquecido, se volvió hacia el perverso muchacho amenazadoramente...



Aunque la Bestia no quería matar a Gastón, en su cara se reflejaba tanta rabia y tanto dolor que Gastón se asustó. Se quedó paralizado, resbaló y cayó del tejado. Al principio se oyó un grito prolongado y luego solamente el fuerte repiqueteo de la lluvia.





Mortalmente herido, la Bestia miró a Bella y la abrazó.

—¡Bella... has vuelto...!

—¡Claro que sí! —exclamó la muchacha—. No podía dejar que te hicieran daño... ¡Oh!, si hubiera llegado antes...

—Quizá sea mejor así —suspiró la Bestia.

Bella comenzó a llorar:

—¡No, no! Por favor, no me dejes... Te..., te quiero...

Y en el momento en que se arrodillaba para besarle, cayó el último pétalo de la rosa...



Se produjo un gran silencio, sólo roto por los sollozos de Bella. De pronto, multitud de luces de colores rodearon el cuerpo de la Bestia. Mientras Bella miraba llena de asombro, el cuerpo de la Bestia fue volviéndose de color rosa, luego empezó a cambiar hasta que, poco a poco...

...se transformó en un apuesto Príncipe. Entonces se incorporó y se miró las manos y los pies con asombro. ¡Había recobrado su forma humana!

—¡Bella, soy yo! —gritó.

Bella le miró a los ojos y supo que era la Bestia.

—¡Eres tú!

Él le contó el hechizo que había sufrido durante años. Entonces se abrazaron y se besaron.





Los habitantes del castillo también recobraron su forma humana. Lumiere era un elegante criado; Dindón, un eficiente mayordomo, y la señora Potts, una encantadora cocinera. Todos felicitaron a su señor y le abrazaron. El pequeño Chip también estaba allí, era un chiquillo pecoso y travieso, que jugaba con el escabel, ahora convertido en un perro lanudo y alegre.





Bella y el Príncipe se casaron. Celebraron un maravilloso baile en el castillo. Lumier y Dindón miraban orgullosos bailar a la encantadora pareja.

—Te dije que ella rompería el hechizo —dijo Lumier.

—Perdona —dijo Dindón—, pero creo que te lo dije yo a ti...

—¿Vivirán felices para siempre, mamá? —preguntó Chip.

—Por supuesto, querido, por supuesto.



El castillo recobró su antiguo esplendor. Los negros muros se volvieron blancos, las gárgolas se transformaron en cupidos y el jardín floreció. Incluso el bosque adquirió un aspecto más alegre. Como la señora Potts había prometido a Chip, Bella y el Príncipe vivieron siempre felices, porque había verdadero amor en sus corazones y ningún hechizo podría contra ellos.

SEGUNDA EDICIÓN

© Disney

CSRVBTB 97-19

1998 EDICIONES GAVIOTA, S. L.

Manuel Tovar, 8

28034 MADRID (España)

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-392-0019-6

Depósito legal: LE. 1.672-2000

Printed in Spain - Impreso en España

Editorial Evergráficas, S. L.

Los Clásicos

Disney

EDICIONES
Gaviota

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney**, ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada

Mulán • Hércules • Pocahontas

El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo

El regreso de Yafar • El Rey León

La Sirenita • La Dama y el Vagabundo

Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo

La Bella durmiente • La Centicienta

Los Aristogatos • Los Rescatadores

Oliver y su pandilla • Peter Pan

La Bella y la Bestia • El libro de la selva

Blancanieves • Robin Hood

Alicia en el País de las Maravillas

Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico

Basil, el ratón superdetective

Merlín el Encantador • Pinocho

Los Rescatadores en Cangurolandia

El Rey León II - El tesoro de Simba

El Príncipe y el mendigo

La Navidad de Mickey • Tarzán • Dinosaurio

ISBN 84-392-0019-6



9 788439 200192